



EL DESAFÍO DE SER ÚNICO SOBREVIVIENTE EN TIEMPOS DE HERÓDOTO Y EN LA ACTUALIDAD

EMILIA FLORES DE TEJADA

Universidad Nacional de San Juan

(Argentina)

RESUMEN

En sus *Historias*, Heródoto nos presenta curiosos relatos acerca de la fortuna del único sobreviviente de sucesos bélicos, y de las consecuencias que tiene que padecer este sobreviviente. Tal es el caso del espartano Aristodemo, de Othyrades y del soldado sobreviviente de Egina. ¿Éxito o fracaso? ¿Buena o mala suerte? Las reacciones despertadas en la comunidad generan reflexiones acerca de los rigurosos códigos antiguos sobre la valentía y los merecimientos.

De acuerdo con Aristóteles en su *Retórica*, tratamos de interpretar el sentido de aquellas conductas que difieren de la perspectiva actual. Pero no del todo. Tomando como término de comparación testimonios de “únicos sobrevivientes” de accidentes aéreos de nuestro tiempo (Revista *Selecciones*, marzo 2015) encontramos modelos semejantes a los antiguos. Finalizando, reflexionamos sobre el desafío de las Lenguas Clásicas como “únicos sobrevivientes” en la curricula académica de comienzos del siglo XXI.

ABSTRACT



In his *Histories*, Herodotus presents curious stories about the fortune of only survivor of war events and the consequences that has to suffer this survivor. Such is the case of the Spartan Aristodemus, of Othyrades and of survivor soldier in Aegina. Success or failure? Good or bad luck? The reactions aroused in the community generate reflections on ancient codes rigorous about the courage and merits.

According to Aristotle in his *Rhetoric*, we try to interpret the meaning of behaviors that differ from today's perspective. But not at all. Taking as a basis for comparison testimonies of "sole survivors" of air crashes of our time (*Reader's Digest*, March 2015) are similar to older models. In closing, we reflect on the challenge of Classical Languages as "sole survivors" in the academic curricula of early twenty-first century.

PALABRAS CLAVE:

Único sobreviviente-Culpa-Prejuicios.

KEYWORDS:

Sole survivor-Guilt-Prejudices.

El poder salvar la vida, como único sobreviviente, en acontecimientos conflictivos o catastróficos, a simple vista, nos parece un motivo de buena suerte, de felicidad singular. Sin embargo, leyendo a Heródoto¹ nos encontramos con curiosos casos en que dicha salvación significó lo contrario: la infelicidad o la muerte para el sobreviviente. Interesada en dichos ejemplos inicié una búsqueda acerca de la causa por la cual el haberse salvado es visto como una desgracia. Al principio lo atribuí a los severos códigos de honor de

¹ Heródoto (1986).



pueblos con *areté* guerrera, por ejemplo, los espartanos. Pero al avanzar en el tema, me encontré con profundos estudios contemporáneos que revelan que lo contado por el historiador no es un rasgo de los griegos de esa época, sino de los hombres de siempre. Una vez más, los griegos han hablado con lenguaje universal.

En mi trabajo me refiero primero a las experiencias contadas por Heródoto,² en segundo lugar a los testimonios de únicos sobrevivientes de accidentes aéreos, para terminar con los descubrimientos evidenciados por los que sobrevivieron a los campos nazis de exterminio y a la catástrofe de Hiroshima.

Aristodemo es un personaje del Libro LIII de las historias de Heródoto, que parece representar la imposibilidad de borrar ciertas culpas, referidas a la patria y al honor. Aunque no es seguro que tuviese culpa alguna, excepto la de no haber muerto en combate.

He aquí la historia: Entre los 300 espartanos de las Termópilas había dos que, según una versión, no participaron en la batalla, por encontrarse enfermos, habiendo sido llevados por Leónidas a otro lugar, para su tratamiento, y con permiso de regresar ambos a Esparta. Su padecimiento era un grave mal en los ojos. Pero los dos enfermos no se pusieron de acuerdo acerca de cómo proceder ante el súbito ataque persa. Uno de ellos, Eurito, enterado del avance sorpresivo del enemigo se levantó del lecho, salió a pelear a pesar de su estado y murió en batalla. El otro, Aristodemo, no lo hizo, sea por cobardía sea por debilidad, y se salvó. Se salvó de los persas pero no del vilipendio popular. La duda está en determinar si fue cobardía o debilidad física de convaleciente, lo que impidió a Aristodemo el salir a luchar. El texto dice que *liposichéonta*³ es decir, que tuvo

² Flores (2012: 39-168).

³ Hérodote (1963: 229, 13). La fuente griega consultada en todo el trabajo es la correspondiente a la Edición de Les Belles Lettres.



un abandono del ánimo momentáneo, un desvanecimiento, que no indica condición de cobarde.

Otra versión cuenta que en realidad eran dos los que habían sido enviados fuera del campamento, y que al regresar, uno se adelantó y murió en batalla, el otro, Aristodemo, demoró su marcha, y llegó cuando ya el combate había terminado. Vuelto de regreso a Lacedemonia “allí encontró oprobio (*óneidos*) y deshonor (*atimíe*), de modo que ninguno de los espartanos le daba luz ni fuego, ni le hablaba palabra, y era apodado ‘Aristodemo, el tembleque’ (de miedo) (*o tréssas*)”.⁴ (L VII, 230-231)

Óneidos es la repulsa pública y *atimíe* la privación de derechos y penalidades infamantes prescriptas por las leyes y costumbres.

Mas la historia le dio al año siguiente una oportunidad especial a Aristodemo: la batalla de Platea. Allí hizo prodigios de valentía, hasta dar la vida por la patria.

“De todos los lacedemonios, el que en mi concepto fue el mejor con mucho (*áristos makró*) hizo mayores prodigios de valor fue Aristodemo, aquel que por haber vuelto vivo de Termópilas, incurrió en la censura y deshonor pública; después del cual merecieron el segundo lugar Posidonio y Filosión.”⁵ (LIX, 71,7)

Pero, la memoria colectiva volvió a condenarlo. Analizadas las actuaciones

“Fueron de sentir que Aristodemo, arrastrado a la muerte para borrar la infamia y deshonor con que se veía notado, al hacer allí proezas y prodigios de valor, no obró en ello sino como un temerario que ni podía ni quería contenerse en su puesto, mientras que Posidonio sin querer morir, se había portado como un héroe, motivo por el cual debía éste ser tenido por mejor que Aristodemo. Pero mucho temo que el voto del corrillo no iba libre de envidia. Lo cierto es que todos los que mencioné que habían muerto en la batalla fueron honrados públicamente (*tímioi*) por el Estado, **no habiéndolo sido Aristodemo** a causa de haber combatido por desesperación, queriendo borrar la infamia con su misma sangre.”⁶ (IX, 71)

⁴ Heródoto (1986: 357-358).

⁵ Heródoto, op cit, p. 423.

⁶ Heródoto, op cit, p. 423.



Este pasaje genera profundas reflexiones, como ya dije, incluso al mismo Heródoto. El mal estuvo en dos situaciones paralelas, que fueron confundidas y juzgadas como iguales. Se pensó en que los dos estaban enfermos, y en que sólo uno salió a luchar. No se pensó en la gravedad mayor o menor que pudo padecer cada uno.

“Opino acerca de esto, que si solo Aristodemo hubiera podido por enfermo restituirse salvo a Esparta; o que si enfermos entrambos, hubieran dado la vuelta, no habrían mostrado los espartanos contra ellos el menor disgusto. Pero entonces, pereciendo el uno y no queriendo el otro morir con él en un lance igual, no pudieron menos los espartanos de irritarse contra dicho Aristodemo.”⁷ (VII, 229)

Indudablemente la enfermedad puede generar diferencia de estados en los pacientes. Aristodemo bien podría haberse encontrado en inferioridad de condiciones con respecto al otro enfermo, o lo más probable, convalecer en cuarentena. Lo condenó la disimilitud de su actuación con respecto al compañero, en un mismo suceso.

Pero lo más lamentable es que su valentía heroica en la batalla de Platea no fue capaz de borrar la infamia anterior. ¡Desdichado Aristodemo! Dio su vida por la patria, pero sus compatriotas, ignoraron su ofrenda, o al menos no la reconocieron. Heródoto menciona la posible mezquindad de los que lo juzgaron.

Una situación parecida vivió el espartano Pantites. Formaba parte de los 300, “que como había sido enviado por mensajero a la Tesalia, no se encontró presente y quedó vivo; pero como de vuelta a Esparta se viese públicamente notar por infamia (*etímoto*), él mismo se ahorcó”. (L VII, 232)⁸

Aristodemo padeció la condena de la sociedad, Pantites no soportó esa condena, y él mismo se suicidó. Destacamos que el verbo *etímoto* puede hacer

⁷ Heródoto, op cit, p 226.

⁸ Heródoto, op cit, p 358.



referencia a que Pantites se sintiese interiormente mal por ser colocado a la par del “tembleque”.

Otros curiosos ejemplos similares trae también Heródoto. En el Libro I, en una lucha entre los lacedemonios y argivos por la ciudad de Thyrea, se determinó que de ambos ejércitos sólo se enfrentaran 300 hombres de cada uno, en lugar solitario. Terminó el terrible encuentro con la salvación de dos argivos y un solo espartano: Othryades. Los argivos, como había llegado la noche, volvieron contentos a Argos, pero el espartano se quedó en el campo, despojó a los argivos muertos y preparó el trofeo. Al día siguiente se enfrentaron de nuevo las ciudades por el resultado: Argos proclamaba la victoria porque habían quedado dos argivos, Esparta porque su único soldado fue el que permaneció en el puesto. Vinieron a las manos y ganaron los lacedemonios. “*De Othryades se dice que, avergonzado (aischynómenos) de volver a Esparta quedando muertos todos sus compañeros, se quitó la vida allí mismo en Thyrea*”. (L I, 82)⁹

Recalco que había actuado como un valiente, pues no abandonó el puesto con la llegada de la noche, que en sí misma implicaba una tregua. Sin embargo sentía *aischyne*, vergüenza de no haber quedado con sus camaradas muertos.

Inmediatamente viene el recuerdo de otro suceso singular del Libro V. Habiendo ido los atenienses, en tiempos arcaicos, a rescatar unas diosas de madera que los eginetas habían robado a los epidaurios, una sorpresiva incursión de los argivos aniquiló a todos los atenienses, excepto uno solo, que fue el único que pudo regresar al puerto Falero.

“Vuelto a Atenas, como anduviese contando aquella gran calamidad y destrozo, oyéndoselo las mujeres de los muertos en la jornada referir el estrago común, y no pudiendo sobrellevar que perdidos todos los demás, se hubiera salvado el solo, lo fueron rodeando, y cogido en medio le iban dando tanto golpe y picazo de hebilla, preguntándole cada una dónde

⁹ Heródoto, op cit, p 83.



estaba su marido, que acabaron allí mismo con el infeliz, después que se había librado ya de la común ruina de sus compañeros.”¹⁰ (V, 87)

Resulta inverosímil, aunque no imposible, que un rudo soldado que se salvó de sus enemigos, no haya podido defenderse de las mujeres. ¿O algo más fuerte que ellas lo detuvo y permitió su entrega? Heródoto informa sobre un cambio de vestimenta femenina que generó este suceso:

“Los atenienses, a quienes esta venganza y furia mujeril pareció más sensible que la pérdida total de su armada, no hallando otro modo de castigar a las mujeres, tomaron la resolución de hacerlas mudar de traje, obligando a todas a que vistieran a la jónica, pues antes la áticas vestían a la dórica, traje muy semejante al vestido corintio. De allí en adelante proviene la obligación de llevar túnica de lino, cosida, para que no se sirvieran más de sus hebillas.”¹¹ (V, 88)

Estos ejemplos parecen remitirnos a severísimos códigos de sociedades guerreras, que probablemente consideraban que en caso de situación extrema, más honroso es que mueran todos, a que alguno sobreviva. ¿Por qué? El sobreviviente puede representar el guerrero más diestro que logró salvarse, e incluso el que con su supervivencia permite la victoria final para su ciudad. Se nos dice que Othyrades sintió pudor, vergüenza de estar vivo (*aischynómenos*) a pesar de que él fue capaz de levantar el trofeo de victoria para Esparta. Aquí no habría correspondencia con la idea aristotélica que considera buena fortuna (*eutuchía*) al que logra salvarse “como por casualidad” de un peligro:

“También de bienes que no se esperan es causa la fortuna, como si los demás hermanos son feos y uno hermoso; o los otros no vieron el tesoro y uno lo halló; o si la flecha hirió al de al lado y a éste no; pues todas estas cosas parece que son de buena fortuna”. (Aristóteles, *Retórica*. I, 6, 1362 a).¹²

Para ese posible código, buena fortuna, al fin de cuenta, es morir por la patria y no sobrevivir bajo la sospecha de cobardía.

¹⁰ Heródoto, op cit p 245

¹¹ Heródoto, op cit, p 245.

¹² Aristóteles (1971: 29-30).



Daré ahora un salto temporal hasta nuestros días, para posicionarme en un artículo publicado recientemente en *Selecciones del Reader's Digest*.¹³ Se denomina “El único sobreviviente”, el autor es Jeff Wise, y el extracto señala: “La posibilidad de salir con vida en un accidente aéreo grave es del 76%, la posibilidad de quedar vivo para contarlo equivale casi a un milagro”.

Como punto de partida toma un documental de la cineasta Ky Dickens donde se cuenta la historia de únicos sobrevivientes de accidentes aéreos. Dickens, a su vez sobreviviente de un accidente de automóvil, se puso en contacto con George Lamson, pasajero de un avión que se estrelló y en el que murieron todos a bordo, incluido su padre para que se relatara su historia. La pregunta reiterada es: ¿Por qué fui el único que salvó la vida? ¿Estoy destinado a hacer algo excepcional?

En el caso de Lamson la historia tiene todavía una particularidad más: gracias a que cambió de asiento con otro que equivocadamente se lo reclamaba, pudo salir disparado del avión incendiado y salvar la vida.

Para mí era terriblemente triste explicar a la gente lo difícil que fue todo lo sucedido. Cuando hablé por primera vez con algunas personas dieron por sentado que yo era alguien especial. Me decían: “Eres increíble, fuiste capaz de sobrevivir a eso” A menos que uno haya pasado por una experiencia así no puede entenderla, verdaderamente. Luego de ver a tanta gente perder la vida uno se pregunta: ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué todas esas personas murieron y yo no?¹⁴

Y la vida cambió totalmente para Lamson. Los planes para hacer una carrera no se realizaron porque en ese accidente murió su padre. En vez de piloto de las fuerzas aéreas terminó como crupier en un casino

Al pensar en los planes en los planes que tenía parece que me hubiera quedado corto en la vida. Me imaginaba que los familiares de las personas que habían muerto en el avión me decían: “Vean a este tipo, recibió una segunda oportunidad en la vida. ¿Por qué sigue vivo? No está haciendo nada extraordinario con su vida. Estoy seguro que mi (ser querido: papá

¹³ “El único sobreviviente” en *Selecciones del Reader's Digest*, marzo, 2015, pp. 103-109.

¹⁴ *Reader's Digest*, op cit, p 104.



hermano, esposo) habría hecho algo excepcional” Intenté reprimir la mayor parte de estos sentimientos, pero volvían una y otra vez y me provocaban depresión o me llenaban de ira.¹⁵

Veinticinco años después viaja a Minnesota para encontrarse con una mujer cuyos padres y abuelos murieron en el avión en el que él se salvó. Iba lleno de pesadumbre, pero la mujer, que tenía sólo 6 años cuando ocurrió lo del avión, lo recibió feliz, como parte de sus padres que murieron.

Cuando llegué a la casa, le di un abrazo a Sarah y hablamos un poco; luego fuimos a la cocina y allí me enseñó una foto de sus padres. Por extraño que parezca, sentí la presencia de sus padres en la habitación, sentí que estaban junto a Sarah sonriendo y que me perdonaban por no haber hecho nada extraordinario con mi vida. Sarah estaba feliz de verme y yo a ella. Me mostró una foto suya de cuando tenía 6 años, y ahora la miré a ella, a sus treinta y tantos años y me puse a llorar. Sentí que era parte de su familia. . Fue un sentimiento auténtico y maravilloso de alivio y de amor. Me sentí realmente bien.¹⁶

Otra sobreviviente única, Annette Kerfens, que perdió a su novio en el accidente aéreo, quedó herida en medio de la selva, después de recuperarse y volver a su hogar en Madrid relata así su estado de ánimo:

Día tras día me invadían amargos pensamientos. Estaba enojada con la muerte, con la vida, con todos mis sueños incumplidos. Tras el accidente empleé todas mis energías en parecer la misma Annette de siempre, en comportarme como mis colegas. Quizás lo hice para consolar a otros o para consolarme a mí misma. Me guardé los recuerdos y puse todo mi empeño en seguir adelante y hacer que el mundo olvidara que yo era una sobreviviente.¹⁷

Algo diferente es el caso de Jim Polehinke, copiloto de un avión que se estrelló contra una valla de metal, por haberse equivocado de pista al despegar. Ese choque partió al avión en pedazos y mató a todos los pasajeros. Jim logró salvarse pero pagó duro tributo en su salud: le amputaron una pierna. “Los dos

¹⁵ *Reader's Digest*, op cit, p 104.

¹⁶ *Reader's Digest*, op cit, p. 104.

¹⁷ *Idem*, p 106.



primeros años fueron un tormento psicológico y emocional para mí. ¿Debería sentirme feliz de seguir con vida cuando todas esas personas están muertas?"¹⁸

Y ahora agrega lo que para mí es su pasaporte de justificación: "Estoy paralizado de la rodilla derecha para abajo. Si alguien me sacara de la silla de ruedas y me dijera: 'Párate en un solo pie', me caería".¹⁹

Es notable cómo, el hecho de haber pagado tributo personal -su pierna- lo justifica en su existencia y empuje. Se cuenta que dirige una asociación que ofrece a los discapacitados de su ciudad la posibilidad de hacer actividades al aire libre.

Moisés Kijak, distinguido médico argentino miembro de la Sociedad Psicoanalítica Internacional, se interesó en los estudios que otro psicoanalista W. Niederland había hecho a partir de sobrevivientes de los campos nazis.

Señala:

Cuando el psicoanalista W. Niederland estudió a víctimas directas de la persecución hitleriana, halló una constelación de manifestaciones patológicas que se repetía en casi todos ellos, independientemente de sus características personales diversas. Ello lo llevó a considerar una entidad nosográfica particular, el "síndrome del sobreviviente", cuyo campo de ocurrencia excede al del nazismo en Europa y nos toca de cerca.²⁰

Según la misma fuente de Kijak, Niederland (1968) está convencido de que la culpa está siempre presente en los sobrevivientes y se acompaña de temores concientes o inconcientes de ser castigados por el hecho de haber sobrevivido.

El mismo autor describe 12 años después, que el hecho de ser el único sobreviviente de una familia aniquilada por los nazis, se vive como un peso que origina un gran sufrimiento y vergüenza, sentimientos de los cuales nunca se libera.

¹⁸ Ibidem p. 108.

¹⁹ Ibidem p. 109.

²⁰ Kijak, M. *La culpa del sobreviviente*. Serie: *Orbe freudiano* (LXI) (p.chasque.net/elación/0711/culpa.htm, mayo 2015).



Apoyándome en mi larga investigación tengo muchas razones para creer que el hecho de sobrevivir es sentido inconcientemente como si se hubiese traicionado a los parientes asesinados. Estar vivo es una causa permanente de conflicto y al mismo tiempo una fuente inagotable de culpa y sufrimientos.²¹

Otro investigador, Lifton en sus trabajos sobre los sobrevivientes de Hiroshima, encuentra una gran semejanza con los de los del infierno nazi. El que se salvó cree que quedó con vida gracias a que otros perecieron. En el psiquismo del sobreviviente se opera una gran profunda modificación caracterizada por la coexistencia simultánea de dos aspectos yoicos: una parte del Yo continúa “viviendo” en la situación traumática, despojada de toda defensa; y la otra parte “adaptada” a la nueva realidad se conduce como si pudiera seguir amando, confiando, luchando...

A tantos milenios, los ejemplos de Heródoto son representativos. Por una parte, Othryades y Pantites no pudieron soportar la culpa de sobrevivir (uno como vencedor) y se quitaron la vida; por otra el soldado acosado por las atenienses, quiso liberarse de la culpa quizás, verbalizando públicamente su buena suerte pero al ser atacado, la culpa lo paralizó y se “inmoló” a manos de las enardecidas mujeres. Aristodemo, por último, se enfrentó a la culpa, a su falta de coraje momentáneo, sobrellevó su culpa comunitaria y llegada la oportunidad cambió su conducta de manera heroica. La rigidez injusta de la sociedad que no lo contó entre los valientes no afecta para nada la calidad dignificante de su acto superador.

Concluyendo, una vez más se nos patentiza la riqueza de los textos griegos, capaces de hablar a través de los siglos con lenguaje atemporal, para señalar a los hombres una y ora vez la común identidad que nos une en la fortaleza y fragilidad de lo humano.

²¹ Kijak, M, op cit online.



Con respecto al desafío de los nuevos tiempos, creo que este siglo XXI exige de las lenguas clásicas que tengan la suerte de sobrevivir a los cambios de planes de estudio, que abran su acervo temático a todo aquello que pueda significar una conexión con la actualidad y con el rol del hombre dentro de ella, recordándole con insistencia de milenios, que tiene un espíritu, dimensión intangible que escapa a la ciencia y a la técnica, sobrevive a la materia, y sólo se sacia con la Divinidad.

BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES (1971) *Retórica*, Madrid.

FLORES, E. y OTROS (2012) *La Justicia, pasión y reflexión en la Grecia Antigua*, San Juan (Argentina).

HERODOTO (1986) *Los Nueve Libros de la Historia*, México.

KIJAK, M. (2015) *La culpa del sobreviviente*, en *Serie Orbe freudiano* (XLI) fp.chasque.net/-relación/0711/culpa.htm, mayo 2015.

LEGRAND, E. (1954) *Hérodote: Histories, L IX*, Paris.

— (1961) *Hérodote: Histories, L V*, Paris.

— (1968) *Hérodote: Histories, L VII*, Paris.

WISE, J. (2015) “El único sobreviviente”, en *Selecciones del Reader’s Digest*, marzo 2015.